

Sobre los cursos de verano en el extranjero

Guillermo Martínez Baz

Profesor de idiomas y coordinador de los Cursos de Verano del Colegio Apostol Santiago de Vigo

Introducción:

Llegada esta época del año, muchos padres de familia comienzan a plantearse ya el próximo verano, y por tanto a planear, con la suficiente antelación, las vacaciones de sus hijos.

Naturalmente, el verano no debe ser visto como un tiempo más o menos muerto entre dos cursos consecutivos. La educación seria y responsable es algo que debe estar presente en la mente de los padres en todos los momentos del año, y las vacaciones no deben ser por tanto un tiempo pasado de manera ociosa sin más, sino el momento indicado para cambiar unas actividades por otras, y completar así la formación adquirida en las aulas a lo largo del curso. Ello requiere naturalmente una idea clara y razonable de objetivos a conseguir y una planificación conveniente que permita conseguirlos.

A este respecto, es innegable que el verano ofrece una ocasión ideal para llevar a cabo ciertas actividades interesantísimas que por sus características específicas son muy difíciles de realizar durante el curso por diversas causas de fuerza mayor como puedan ser, en primer lugar, naturalmente, la comprensible falta de tiempo después de la jornada escolar o la excesiva lejanía del domicilio habitual, u otros ponderables que limitan también mucho diversas actividades extraescolares que de darse otras condiciones se podrían hacer a lo largo del curso.

El viajar es una de esas actividades que, superfluo es decirlo, sólo se pueden realizar generalmente en tiempo de vacaciones, y ciertamente una de las más interesantes para cualquier niño de cierta edad o bien que haya alcanzado cierto grado de madurez.

Porque viajar supone entrar en el mundo por la puerta grande. Viajar, con mayúsculas, no hacer turismo a secas, es una de las actividades más enriquecedoras que se puedan imaginar. Supone conocer otros sitios y culturas, con

Consejos y recomendaciones para aquellas familias que quieran organizar una experiencia estival provechosa para sus hijos.

todos los aspectos que ello conlleva en cuanto a historia, geografía y arte. Pero supone también, y no es esto lo menos importante, el encontrarse con gentes nuevas, vivir costumbres diferentes y modos de hacer distintos que nos acostumbran a aceptar la diversidad como normal y a acostumbrarnos a ella, y nos hace quemar etapas a marchas forzadas en el largo camino hacia la madurez. A fin de cuentas no es una proeza intelectual ser consistente de que es necesario conocer el mundo para ser hombre de mundo.

La segunda parte enriquecedora de un viaje, además de ver y experimentar cosas nuevas, es la oportunidad de aprender nuevas lenguas, o de poner en práctica los conocimientos de ellas que ya se posean. Tampoco será necesario hacer hincapié a estas alturas en la importancia fundamental de los idiomas en el mundo actual, en la que los modernos recursos tecnológicos y las relaciones humanas a nivel internacional, más comunes y habituales cada día que pasa, hacen de los idiomas no ya algo más o menos necesario y práctico, sino una herramienta cada vez más imprescindible.

¿Por qué y para qué un curso de verano en el extranjero?

Los cursos de verano en el extranjero, una opción para vacaciones que goza de merecido aprecio hoy en día, cubren simultáneamente ambos aspectos de viaje de dimensión cultural y práctica de lenguas, y son, no sin razón, una de las soluciones más consideradas y apreciadas por muchos padres a la hora de planear los veranos de sus hijos.

La oferta es ciertamente amplia, y ha experimentado un aumento notable desde hace unos años a esta parte, de modo que las opciones son muchas, y, por lo mismo, a veces —o muchas veces— no es fácil decidirse entre el vasto número de posibilidades que se nos ofrecen.

A la hora de decantarse por una opción u otra distinta, lo primero que hay que tener claro es qué es lo que se pretende hacer y para qué. Lo mismo que al comprar un coche no es igual la utilidad de un turismo normal que la de un vehículo todoterreno, y del mismo modo a un transportista no le es indiferente, dependiendo del uso al que lo destine, un camión de tres ejes que una furgoneta o un remolque, y es preciso tener en cuenta esa utilidad a la hora de hacer la compra del vehículo, por lo mismo, decimos, es necesario tener claro qué queremos a la hora de elegir un curso para nuestros hijos.

Así, si lo que queremos es un aprendizaje profundo y rápido de un idioma dado, la más práctica es la solución de una estancia de un año o dos en el país indicado. El aprendizaje está, por supuesto, asegurado, pero se paga naturalmente un elevado precio, no sólo económico —puesto que es una opción que suele salir bastan-



te cara en términos de enseñanza, alojamiento, transportes, materiales, etc. — sino también en términos de vida emocional y afectiva, lejos de la familia y del entorno más próximo y conocido.

Por todo ello estos viajes prolongados no son los más aconsejables para los alumnos más jóvenes. Esta sí que puede ser una opción más interesante, en cambio, para alumnos de grados superiores o universitarios, y de hecho existen posibilidades muy amplias a este respecto dentro, por ejemplo, de los programas *Erasmus* que ofrecen muchas universidades.

Es necesario de todos modos, antes de cualquier otra consideración y de la toma de cualquier decisión en este sentido, el tener muy claro el tema de las convalidaciones de estudios en el caso de cursos académicos, a fin de no llevarse sorpresas inesperadas a la vuelta, y no perder después un tiempo valioso recuperando cursos o asignaturas pendientes.

En el caso de alumnos más jóvenes o adolescentes, es claro que la mejor solución, y una de las más apreciadas por las familias, son los cursos de verano, con una duración que oscila normalmente entre las cuatro y las ocho semanas. Estos cursos, dependiendo de cómo se realicen, pueden ser una experiencia cultural muy completa, no son de duración exagerada —no suponen por tanto una separación de la familia demasiado prolongada— y permiten desarrollar sin interrupciones sensibles el programa académico normal.

En este último caso, las soluciones son dos: Enviar al alumno a un internado o bien preferir integrarlo en una familia nativa.

Es necesario tener muy claro desde un principio, para no llamarse a engaño después, que los resultados obtenidos en estas estancias de duración más corta no serán tan espectaculares ni provechosos, en el aspecto puramente



lingüístico, como una estancia de uno o dos años, y desde luego que los alumnos no vuelven bilingües.

Este hecho, aparentemente fácil de comprender *a priori*, supone a veces una decepción para los padres. Es cierto en todo caso que tras un verano en Inglaterra, por ejemplo, y sin llegar al bilingüismo, el nivel de Inglés mejora, naturalmente. Pero al mismo tiempo se obtienen unos resultados más sutiles, más difíciles de percibir, pero no menos importantes: el alumno ha practicado las capacidades lingüísticas que ya poseía, ha "sacado brillo" al idioma, ha "salido del apuro" en una lengua que no era la suya y en un país diferente, y ha visto que es capaz de hacerlo. Ha perdido la natural timidez a hablar en una lengua en la que comete errores y que no domina en profundidad, y ha adquirido, en resumen, la capacidad comunicativa que le va a permitir seguir aprendiendo esa lengua con seguridad y continuidad. A este respecto, tal vez sea éste el aspecto más importante que se obtiene después de una estancia lingüística de este tipo.

Dentro de las opciones que antes mencionábamos, el internado no es ciertamente la opción ideal, puesto que el alumno que acuda a él va a estar ineludiblemente rodeado de alumnos de otros países e incluso del suyo propio; lo que hará que su contacto diario con la lengua que se pretendía conocer y practicar esté más bien limitado a las clases y las actividades que se realicen fuera de las instalaciones del centro, en las que estará en todo caso rodeado de alumnos extranjeros o posiblemente también, como decíamos, de alumnos de su propio país.

Esta opción, debido a la integración dentro de un grupo de jóvenes de su misma edad y perfil parecido, sería indicada en cambio para alumnos con bajo dominio del idioma nativo, o con un grado de timidez muy

elevado que le impida integrarse dentro de una familia nativa, que sería, desde luego, la segunda y mejor opción.

Considerada en su conjunto y para alumnos de estas características, esta opción sería una magnífica introducción a posteriores cursillos de mayor envergadura.

La opción de una familia nativa supone la integración del alumno en el entorno natural e ideal para el aprendizaje de la lengua, teniendo acceso al uso de ésta en todos los campos de la vida cotidiana y aprendiendo a utilizarla como un instrumento de comunicación práctico, de uso inmediato y resultados *visibles*, una de las condiciones más motivadoras para cualquier tipo de aprendizaje, especialmente en el caso de las lenguas.

Dentro de esta última elección, lo ideal sería enviar al alumno a una familia conocida, ya sean parientes o amigos de confianza, lo que a la vez que tranquilidad a los padres, aportará al alumno la confianza necesaria para romper el hielo de la timidez inicial y sacar así mayor provecho de la estancia.

Pero desgraciadamente no son muchas las familias que tienen relaciones o amistades de este tipo, por lo que se hace necesario acudir a un intermediario.

Como antes decíamos, los cursos de verano son un producto de gran demanda social, y de acuerdo con ella, de un tiempo a esta parte, han proliferado las agencias y organizaciones que se dedican a organizar estancias de este tipo en diferentes países.

En general, y con pequeñas variantes, dado que estos cursillos se entienden *a priori* como cursos de verano, todas estas organizaciones ofrecen un programa de una duración de entre cuatro y ocho semanas, y basado en tres puntos fundamentales: estancia con una familia, cursillo de idioma y actividades extracolegiales culturales y de tiempo libre, de modo que, bien llevado, un programa así cubre todas las metas humanas, lingüísticas y culturales que antes comentábamos. Muchas de estas agencias ofrecen también al mismo tiempo, por lo general, programas de internado.

Aspectos organizativos a tener en cuenta:

Surge una pregunta obligatoria e inevitable: *Entre las seis o siete ofertas que se pueden encontrar sin mucho esfuerzo unos padres interesados, ¿cómo distinguir una buena oferta de otra que no lo es, o cómo decidirse por una opción u otra?*

Unos sencillos consejos, producto de experiencias propias y ajenas pueden ser de utilidad a la hora de decidirse por una u otra con mayores garantías.

En primer lugar, es necesario no dejarse deslumbrar por una oferta muy atractiva, y, por el contrario, tomarse la molestia de leer muy bien la letra pequeña de la documentación que nos ofrezcan, puesto que, en

esencia y en la práctica, lo que estaremos firmando cuando lo hagamos es un contrato legal. Se hace necesario por tanto comprobar que el precio establecido cubre todas las necesidades básicas y todos los puntos que sean de nuestro interés: viaje de ida y vuelta; seguro de viaje; estancia en régimen de alojamiento y pensión completa; lavado de ropa; clases de idioma con los materiales y textos precisos; de ser necesario, transporte público dentro de la localidad de destino; programa completo de actividades culturales y/o deportivas...

Con frecuencia una oferta muy atractiva no cubre uno o, esto último es lo más frecuente, varios de los puntos mencionados, con lo que el alumno ha de hacer desembolsos por su cuenta para completar el programa, y al echar las cuentas finales con frecuencia estos programas más baratos salen en realidad mucho más caros.

En todo caso, siempre es más práctico optar por una agencia que ofrezca un servicio completo, a fin de evitar molestias y diligencias en el país de destino por parte de los alumnos, a la vez que se gana en seguridad y tranquilidad.

Es indispensable asegurarse de que la organización cuyos servicios contratamos ofrezca un seguro de viaje que cubra todos los azares razonables y previsibles, desde hospitalización a repatriación o pérdida de equipajes, por ejemplo, y en caso de duda, siempre es mejor contratar uno por nuestra cuenta, para mayor tranquilidad. No será demasiado caro, y nos puede evitar serios disgustos.

En caso de viajar a países de la Unión Europea, es recomendable llevar además el documento E-111,

equivalente europeo a la cartilla de la Seguridad Social, muy fácil de obtener de forma gratuita en cualquier Delegación, y que en ciertos casos puede agilizar los trámites y evitar molestias y papeleo innecesario con el seguro particular en caso de males o enfermedades menores.

Es igualmente necesario comprobar antes de la salida que toda la documentación necesaria (pasaportes, visados, DNI, certificados médicos en ciertos casos) está completa y vigente, a fin de evitar posteriores y muy serios problemas en las aduanas.

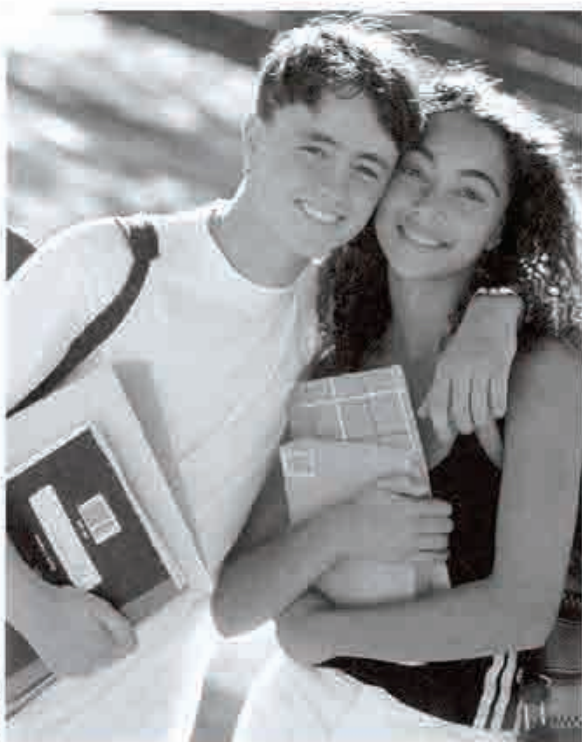
A su vez, la familia de acogida debería, dentro de lo posible, tener un perfil que se acomode razonablemente al alumno que acoge en cuanto a gustos y aficiones, edades, número de hijos, edad de estos, etc., lo que facilitaría la integración del alumno y su bienestar, y en última instancia, también el aprovechamiento.

En caso de problemas personales específicos como puedan ser determinadas formas de alergias, dietas específicas u otros, es necesario poner estos detalles en conocimiento de la organización, para ser tenidos en cuenta en la elección de familia; y es recomendable hacer llegar noticia de ellos también a la familia de acogida.

Sería muy de desear, en todo caso, antes de contratar una organización u otra, contrastar opiniones con familias que hayan participado en sus programas, y desde luego asegurarse de que esa organización trabaja sola, es decir, que no contrata a su vez otra agencia *vendíendole* alumnos, práctica no demasiado común, pero tampoco tan extraña como podría parecer. Ello podría dar lugar a que pensando que contratamos una organización determinada bajo ciertas condiciones, estemos contratando indirectamente una distinta bajo condiciones diferentes, con todos los problemas y sinsabores a los que esto podría, a lo peor, dar lugar.

Los profesores que dan clases en estos cursillos y se ocupan de sus aspectos académicos suelen ser profesores de enseñanza secundaria nativos del país en el que tienen lugar las actividades, puesto que además de lo más razonable, ya que como son nativos suelen vivir en las inmediaciones de los centros, es más barato para las organizaciones que los contratan. No estaría de más, en todo caso, el confirmar que este es precisamente el caso de los cursillos en los que inscribamos a nuestros hijos.

Es necesario también asegurarse de que los alumnos, especialmente los más jóvenes, van a estar acompañados, atendidos y supervisados por tutores o monitores serios y responsables que se ocupen de que todo el programa se desarrolle sin complicaciones, y se encarguen de resolver todos los imponderables que puedan surgir a lo largo del cursillo, asegurándose de que los alumnos están en familias adecuadas, bien atendidos y contentos. Haremos hincapié en los términos serios y



Pugglioli/Corbis

responsables, puesto que algunas organizaciones, a fin de abaratar costos, contratan como monitores a personas jóvenes o estudiantes universitarios, llenos sin duda de buena voluntad, pero muchos de los cuales realizan estos cometidos por primera vez.

No hay que perder de vista que la función primordial del tutor o monitor es hacerse cargo en el peor de los casos de emergencias, por ejemplo, y cambios de familias; además de mantener un orden en cuanto a puntualidad, buen comportamiento, respeto, normas de convivencia en la familia, etc., y que estas funciones, que son en sí mismas ya una garantía no pequeña de la calidad y buen resultado del programa, solamente pueden ser llevadas a cabo con éxito por una persona con la suficiente personalidad o experiencia. Conviene no perder de vista a este respecto que si bien, probablemente, no prestaríamos nuestro coche a nadie así como así, a estas organizaciones estamos en cambio confiando nuestros hijos; un bien un tanto más preciado.

Estos tutores deben ser responsables de saber en todo momento — dentro de límites humanos y razonables, claro está — donde se encuentran los alumnos a su cargo, y a la vez ser también accesibles a los padres de los alumnos a fin de atender a alguna demanda o problema específico de un alumno determinado que se pueda presentar, y poder informarles detalladamente de la marcha del cursillo, de las actividades, etc.

Condicionantes personales:

Indispensable, absolutamente indispensable, y a veces un factor poco tenido en cuenta, es que una vez salvada toda la parte organizativa a la que es en buena parte ajeno, el alumno que vaya a participar en un programa dado debe ser consciente de que en última instancia, y salvados ciertos detalles, el éxito o el fracaso de su programa dependen de él: de su interés, de su adaptabilidad a la nueva cultura en la que se ve inmerso, de su entusiasmo, de su conciencia acerca del magnífico regalo que supone un viaje en estas condiciones. De sus ganas de aprender y, en fin, de su madurez dependerá el que una experiencia cultural así sea o no provechosa.

Todo ello depende, decimos, de la motivación de los alumnos participantes y de su interés, factores estos que deben ser sopesados cuidadosamente por los padres.

No es extraño que, en muchos casos, sean los padres los que están realmente motivados, y que esta motivación sea bastante mayor que la que tienen sus hijos, de la que dependerá en último extremo que el cursillo en el que participan sea útil y provechoso. No es raro que, en algunos casos, un alumno vaya a realizar un cursillo de este tipo realmente a regañadientes. Inútil es decir que un curso realizado en estas condicio-



Digital Vision

nes, por mucha que sea su calidad o el esfuerzo que se haya puesto en organizarlo convenientemente, no será de mucho provecho, o en todo caso éste no será el que debería ser.

A veces es mejor esperar un poco más y realizar esta experiencia el año siguiente, por ejemplo, puesto que el verano "perdido" de esta manera será recuperado con creces en cuanto a interés por parte del alumno, y por lo mismo en cuanto a aprovechamiento. Son en todo caso, situaciones que deben ser consideradas particularmente por cada familia. En cuestiones de aprendizaje y maduración, como en otros muchos elementos de la personalidad, es necesario recordar que no hay plazos marcados, puesto que no hay dos personas iguales, y especialmente los jóvenes son a veces impredecibles.

Lo que sí es seguro es que un verano pasado viajando y aprendiendo en las condiciones arriba descritas, con la mente clara y el ánimo dispuesto, es una inversión segura e indudable en términos de madurez, cultura y educación. Y, lo que es un sentimiento siempre gratificante para quien los organiza, los alumnos que participan en uno de estos cursillos vuelven siempre dispuestos a repetirlo otra vez. ■